

Muchos libros y pocos lectores

Pasa usted, desprevenidamente, por la librería. Se detiene frente a la vitrina. Se pone a mirar, como quien no quiere la cosa, los libros. Son tantos que, de pronto, la cabeza comienza a darle vueltas. Si supera esta circunstancia, es posible que usted franquee el umbral y entre. Ya dentro, la sorpresa resulta mucho mayor.

Se encuentra usted con que, aunque no lo parezca mucho, las editoriales están a granel en el país. Y no descansan. Echan y echan libros a la calle como si, en lugar de libros, se tratara de buñuelos. Está usted ante una inundación bibliográfica increíble. ("Inundación Castálida". Iamó Sor Juana Inés de la Cruz la totalidad de su obra, que era toda poética). La inundación de referencia no es menos impresionante.

Bien. Si las casas editoras están a granel, también están a granel los libros. Los libros son, en grado superlativo, diversos. Lo son en sus formas: son de bolsillo; son de tamaño regular; de tamaño heroico, que sólo tienen cabida en las bibliotecas; son a la rústica; son de tapa dura; son de encuadernación de alto copete, etc., etc., etc. Y, en cuanto a sus respectivas entrañas, son ilustrados en blanco y negro; son ilustrados a todo color, no son ilustrados de ningún modo. Lo más arduo en esta inundación son los temas. Los hay para todos los gustos. Los hay para todos los intereses profesionales. Los hay literarios y los hay científicos. Los hay técnicos y los hay filosóficos. Los hay, en fin, sobre todo lo habido y por haber, como dicen las señoras.

Es tal la variedad de los temas, que, de momento, usted tiene que soltar la risa. ¿Se ha fijado que, en cierto estante, por ejemplo, ve la "Divina Comedia" en franca compañía -qué profanación- con un libro que se titula "Cómo criar Becerros"? ¿Y que más allá están revueltas las "Rimas" de Bécquer con varias enciclopedias de cocina? Toda esta inundación bibliográfica, jamás vista entre nosotros, encarna, patentiza, protagoniza y ejemplifica un drama de la cultura nacional. El drama es elemental. Cada día aparecen más libros; pero cada día desaparecen más lectores. ¿Cómo se explica usted que, al mismo tiempo que hay más libros, haya menos lectores? ¿De qué viven las editoriales? ¿De qué viven los escritores? ¿Quién, con sus compras, sostiene aquellas? ¿Quién estimula a estos?

Insistimos en el drama dicho. Usted sabe que el venezolano no lee. No lee el pobre diablo, entre otros motivos, porque no tiene con qué adquirir el libro. No lee el hombre medio porque no tiene tiempo que dedicarle al libro. No lee el rico porque la lectura, como suele decirse, no es con él. No lee el estudiante. Se limita a tomar apuntes no más. Pero el profesor tampoco lee. Los únicos que leen integran una minoría radical. Leen los lectores que podemos llamar profesionales: los escritores. Pregúntese usted, pues, amable camarada, de dónde viene tamaña catástrofe. Y encontrará que la respuesta carece de complicaciones. La catástrofe tiene, al parecer, dos motivos fundamentales. La gente va y viene dentro de un ambiente lleno de múltiples incitaciones para la atención: la televisión, el deporte, la fiesta, el paseo, etc. etc. Como usted ve, ninguna de estas cosas tiene nada que ver con la vida intelectual. El otro motivo resulta increíble: la Escuela Nacional, desde hace años, dejó de enseñar a leer. Ahora bien. Sin el hábito de la lectura, que es obligación de la escuela ¿qué niño, qué joven, qué mozo, dentro de los correspondientes niveles de la formación, se atreve a hacerse a un libro? La escuela no impone sino la llamada Lectura de Consulta: la escuela ignora que la Lectura Verdadera es con indiscutible exclusividad, la Lectura Literaria. Es la Literatura la materia formadora por excelencia. Las otras son útiles, son interesantes, son también formadoras a su modo. Pero son complementarias. La abundancia bibliográfica actual no concuerda con la carencia de lectores. Probablemente, no tiene la cultura venezolana drama más gordo que éste.